

REFORMA SIGLO XXI

PERSONAJES Y LUGARES DE MI PUEBLO. HISTORIAS DEL RÍO SABINAS: LÁITO

■Rubén Helio Mascareñas Valadez*

SU NOMBRE era Abelardo, pero le decíamos Láito, porque así le llamaban en su casa. Era un muchacho muy fuerte, físicamente bien dotado, con unos bíceps descomunales y espalda y hombros poderosos, especiales para la natación. Le encantaba ir de cacería, pescar y nadar.

Mucho más fuerte que nosotros, los demás niños del barrio, frecuentemente abusaba de sus facultades y nos hacía llorar con golpes en los muslos que nos paralizaban por unos momentos mientras él reía a mandíbula batiente.

Era muy valiente, audaz y atrevido, y aunque fuimos muy amigos, no creo haberle conocido el miedo. Cierta vez caminaba hacia la plaza por la calle de Lerdo y nos le pegamos Benito y yo. Iba comiendo cacahuates, que sacaba de la bolsa derecha de una chaqueta de gamuza con parches azules. De pronto, Benito le quiso sacar un cacahuete de la bolsa y le extrajo un rollito de cigarros que había comprado. Como no nos alcanzaba para adquirir la caja completa, frecuentemente comprábamos sólo dos o tres.

Láito se puso furioso pues los Rialtos se desparramaron por el suelo: –Mucho cuidado, fíjate bien lo que haces, pendejo, puedes sacar una víbora. Y diciendo y haciendo, metió la mano en la otra bolsa de su chaqueta y sacó una pequeña serpiente viva que culebreaba amenazante, con lo que nos asustó, obligándonos a correr despavoridos.

Otra vez, Láito estaba pescando en el puente de la acequia, por la calle de Guerrero, a media cuadra del río. Benito se le acercó, y como le pidió un anzuelo, le prestó uno, que mi sobrino amarró en una tabla. Luego de un rato Benito atrapó un bagre de muy buen tamaño y, como el anzuelo era de Abelardo, éste le quitó la

mitad del pez, arguyendo que sin sus aperos no hubiera podido hacerlo. No se dejaba de nadie, menos de un par de mocosos debiluchos como nosotros.

Una aventura que lo pinta de cuerpo entero fue cuando salimos Tibeto Garza y yo con él a ‘la tirada’. Íbamos armados de huleras a matar palomas a unas labores que tenía don Carlos Ramos, papá de Láito, por el rumbo de las Peñitas. Cruzamos el río tranquilamente por el puentecito de troncos y tablas y caminamos hasta las labores sin haber logrado una sola pieza y nos regresamos temprano. Al llegar a las Peñitas, vimos con horror que el río venía crecido. La embravecida corriente hacía enormes olas y llenaba todo el ancho del cauce. Láito, sin pensarlo dos veces se arrojó al



Tehuana

*Egresado de la Normal Pablo Livas, graduado en Psicología Educativa de la Escuela Normal Superior de México, titulado en Inglés y Francés en la Escuela Normal Superior Moisés Sáenz y Maestro en Pedagogía por la Escuela de Graduados de la misma institución

agua, logrando cruzar con grandes esfuerzos. El agua se lo llevó más de cien metros, pero salió al fin, feliz de haber ganado ante aquel reto.

Gilberto y yo nos moríamos del miedo. Éramos demasiado pequeños para una empresa semejante y aún no sabíamos nadar. Desconocíamos el camino de retorno por el barrio de Bellavista y la carretera, así que armándonos de valor emprendimos el regreso bordeando el río.

Con grandes esfuerzos logramos llegar hasta los Barrancos, enormes farallones de barro que se alzan frente a los ancones cercanos a nuestras casas, y donde del otro lado del río nos esperaban nuestros padres, que llenos de angustia nos veían colgando de las raíces de mezquite que salen del barranco, mientras la fuerte corriente bramaba a nuestros pies, que peligrosamente resbalaban de cuando en cuando en el barro mojado.

Fue toda una odisea llegar hasta un lugar en que el río se extendía y por donde nos pasaron a lomo de bestia, sanos y salvos. En ambas riberas se había reunido gran cantidad de gente que conoció del suceso.

Mientras a mí me recibieron amorosamente, como vuelto a nacer, a Gil le dio su papá una tremenda cueriza con el cinturón, desde el río hasta su casa, por haberse atrevido a tamaña aventura y tener a la familia en suspenso todo el santo día.

Por la tarde, María, hermana mayor de Láito le preguntó a mi mamá: —¿Y usted, doña Josefina, no le va a pegar a Rubén como le pegaron a Gilberto por haberse salido sin permiso? Mi madre, llena de ira, le dijo: —Al que voy a desollar vivo es a Abelardo, por haberse llevado a estas criaturas, y ante el peligro, dejarlas abandonadas a su suerte.



Frida Kahlo Peinando a Rosa Covarrubias en El Estudio de Diego Rivera, 2016